

DOS GATOS

- Quiero un nieto -le dije.
- Sólo te puedo ofrecer un gato -me respondió.
- Pero quiero un nieto de verdad.
- Dos gatos hacen a un nieto -insistía.

Fue entonces cuando me di cuenta que hasta ahí llegaba mi sangre. Ninguno de mis hijos quería darme el beneficio de convertirme en abuela y volver a cargar un bebe entre mis brazos como yo lo había hecho con ellos cuando recién nacieron. Pero insistían mucho en tener gatos y no aspirar mucho más allá. No me servía.

El problema se volvió serio cuando había que dejar en claro el tema de la herencia. ¿Qué pasaría en “caso de”? Mis hijos tienen propiedades a su nombre, pero si ellos persisten en no tener hijos, ¿Quién heredará todo lo mío?

- Serán los gatos -me respondió el menor de ellos.
- Estoy hablando en serio.
- Hay gente que ha dejado la herencia a sus gatos.

Creo que no había caso. Quería nietos de verdad. Yo no quería saber nada de gatos.

Con el paso de los años, todos mis hijos ya habían formado su propia vida (todos con más de treinta años). Un día el menor me llamó por teléfono para contarme “buenas noticias” pero sin aclararme a qué se refería. En unas horas iba a tocar la puerta de mi casa y me iba a contar. Yo tenía esperanza de que fuera aquello que tanto les había pedido. Cualquier cosa me servía, como si me lo dijera directamente o si los resultados de alguna ecografía me confirmaran que me iba a convertir en abuela.

Cuando llegó, de una bolsa sacó una carpeta con unas hojas en las que había mucha información escrita con un lenguaje legal algo complicado de entender. Salía su rut, el mío y todas las propiedades a nuestro nombre.

-¿Qué es esto? -le pregunté.

-Un documento notarial -me dijo.

Hice el esfuerzo por leerlo. Me salté a las últimas hojas. Abajo del todo, salía un espacio para las firmas. Estaba la firma de él y la firma de su pareja. Más abajo, para poner la firma de sus herederos... salían dos huellas de gatos.

- Yo puse un gato y mi pareja puso otro gato. Dos gatos hacen un nieto -insistió.